

COMENTARIOS MARGINALES A LOS ACUERDOS CON LOS ESTADOS UNIDOS Y FRANCIA

Una de las cosas más difíciles de conseguir en España es la de hacer ver a la opinión pública la necesidad de llevar a cabo tratados o acuerdos con otros países en cuanto estos supongan riesgos de carácter militar. La razón principal de esta desconfianza estriba en el tradicional aislacionismo diplomático en el que hemos vivido desde los lejanos días del Congreso de Viena, alegres para todos menos para nosotros. Prácticamente desde 1815 no hemos formado parte de ninguna coalición militar europea, se intentó en el reinado de Alfonso XII entrar en la Tríplíce Alianza, pero no llegó a cuajar, la verdad es que los objetivos que perseguían los países centroeuropeos que la formaban, no tenían ningún punto de contacto con los nuestros, y hubiera sido absurdo contraer tal compromiso. Este aislacionismo en el que hemos estado sumergidos todo el siglo pasado y parte de éste, ha sido fatal para nosotros. Una figura tan destacada en la política española de la primera parte de este siglo como la del conde de Romanones, ya lo hizo ver durante los días de la primera guerra europea, en un artículo titulado «Neutralidades que matan», bien es verdad que por aquellas décadas ni el estado económico-político de la nación, ni la opinión pública muy dividida entre los dos bandos, aconsejaban la intervención, pero las ideas generales expuestas por el famoso conde quedan en pie.

A este aislamiento se le puede culpar casi todos los sucesos desgraciados que en este intervalo tuvimos en nuestra política exterior, hechos que tuvieron gran repercusión en la vida española y cuyas consecuencias han llegado hasta nosotros, pues hay que advertir que las desventuras en el campo internacional suelen ser una especie de cargas retardadas ya que sus últimos resultados no se recogen inmediatamente, sino después, a lo largo de los años, generalmente en la generación posterior en la que se produjeron los acontecimientos, y a veces más tarde.

Uno de los hechos que podemos citar entre otros fue el no haber podido tomar parte en el reparto de Africa en la época de la colonización de este Continente, lo que habría reforzado nuestra posición en el mundo internacional de la época, ampliado nuestros mercados y distraídos de nuestras querellas internas.

También nos encontramos completamente solos cuando la injustificada guerra con los Estados Unidos en 1898. Si recordamos los sucesos de aquellos difíciles y trágicos días veremos que ningún país europeo nos quiso ayudar, ni tan siquiera mediar entre las dos potencias en conflicto para buscar una solución de compromiso, cosa que hubiera sido fácil de conseguir, pues estábamos dispuestos a dar la autonomía a la Isla de Cuba, pero nuestra falta de lazos políticos con las naciones de Europa hizo que estas vieran con indiferencia, si no con complacencia, nuestra difícil situación, sin darse cuenta que con ello iban a permitir que por primera vez en la Historia, una potencia extra-europea venciera a una vieja nación de este continente, dando motivo con ello a una reacción en cadena, pues antes de veinte años los Estados Unidos decidirían la primera guerra mundial, y a los veinticinco años siguientes intervenirían de una forma decisiva en la suerte y destino histórico de Europa alzándose con la hegemonía mundial detentada desde el Renacimiento por los pueblos europeos. Por ello podemos decir que la victoria sobre España de Norteamérica en 1898 cambió la dirección de la Historia mundial, pues consolidó su seguridad estratégica, la dio confianza en sí mismo, e hizo caer de los ojos del pueblo americano el tradicional sentimiento de la superioridad militar europea, siendo en gran parte culpable de todo ello nuestro aislacionismo.

Otro motivo de la repugnancia española por las alianzas, es la forma tradicional con que se enseña y escribe sobre la historia de nuestra Patria.

Según nuestra doctrina histórica popular, siempre que hemos tenido fracasos militares ha sido por causa de nuestros aliados, que en el último momento nos dejaron en la estacada o poco menos. Si repasamos, siguiendo a nuestros historiadores, las guerras del siglo XVIII, prácticamente todas ellas contra los ingleses, y en las que tuvimos siempre como aliados a los franceses como consecuencia a los diversos Pactos de Familia continuados por el de Aranjuez y Fontaineblau, todos ellos con el mismo espíritu, el tratar de equilibrar entre las dos potencias a Inglaterra en los mares, veremos que nuestras derrotas, especialmente las navales, lo fueron por la mala dirección imprimida a las operaciones por los almirante aliados, sin hacer mención de su

ayuda e inmensos esfuerzos en acciones tales como la recuperación de Menorca, el sitio de Gibraltar, y sobre todo el hecho de haber podido tener a raya durante un siglo a los ingleses en la mar y de esta forma conservar el Imperio. Bien es verdad que los historiadores franceses nos pagan con la misma moneda y aún peor. Por todas estas razones y otras que no se citan, en el subconsciente del español medio se ha plasmado una repugnancia a cualquier alianza militar, pues está convencido de que saldremos de ella malparados, mientras que el otro país se llevará todas las ventajas. Pero aparte de los motivos razonables existentes para el aislacionismo, de los que hablaremos más adelante, este se ha producido por el debilitamiento paulatino de nuestras fuerzas espirituales y materiales a lo largo de todo el siglo XIX, contituyendo ésta la causa principal de nuestro medroso aislamiento internacional.

El motor que puso en marcha la debilidad nacional fue la pérdida en pocos años de nuestro Imperio americano. Por su causa nos quedamos casi repentinamente sin materias primas ni mercados. Ello hizo que no pudiéramos entrar, como podíamos haberlo hecho, en la corriente histórica de la primera industrialización después de 1825 como el resto de los países europeos, ya que al empobrecerse el país al faltarle su tradicional fuente de riquezas, impidió el desarrollo del espíritu de empresa tan característico de la época.

Contribuyeron notablemente a este estado de cosas, las luchas civiles en las que se han visto envueltas casi seis generaciones seguidas de españoles, que como era de esperar produjeron el resultado práctico predicho por el antiguo refrán: «El vencido, vencido, y el ganador perdido».

Todas estas circunstancias hicieron que la lucha por la vida, y a veces por la sola supervivencia material, fuera casi el único, y desde luego el principal objetivo de la inmensa mayoría de los españoles, desinteresándolos de la gran política exterior en la que eran principales partícipes desde hacía siglos. Ello hizo que nos separáramos paulatinamente del juego político europeo, cerrándonos en nosotros mismos, comenzándose a formar en el pueblo español un fuerte sentimiento aislacionista cada vez más difícil de combatir, y que es en el fondo el que está juzgando en la actualidad todos los esfuerzos realizados en estos últimos años por que entremos en el concierto de las naciones influyentes en la vida internacional.

Este sentimiento de hostilidad popular a todo compromiso con consecuencias militares, no tienen nada que ver con el régimen político que dirige los destinos de España, pues todos ellos han pasado por las mismas pruebas cuan-

do han tratado de acercarnos a alguna coalición. Recordamos que durante los días de la segunda República, se iniciaron unas conversaciones con Francia que culminaron con una visita a Madrid del entonces primer ministro de aquella República. Coincidió esta visita con la inauguración de las obras del enlace ferroviario de la capital por medio de un túnel a través del Paseo de la Castellana, pues bien la opinión pública comenzó a decir que dichos enlaces se estaban construyendo, no por su lógico fin económico, sino para que el Ejército francés del Norte de África pudiera atravesar España en caso de guerra, sin que los madrileños se dieran cuenta. Tan absurda hipótesis trajo consigo la enemiga popular a tan beneficiosa obra que no ha finalizado hasta hace muy poco, aunque las causas de su retraso no hayan sido las de la anécdota, que relatamos únicamente para hacer notar el fuerte sentimiento aislacionista que siempre ha existido.

Pero en estos últimos años, los cambios habidos en nuestras estructuras económicas y sociales han sido tan grandes y favorables, que es lógico hayan hecho impacto en los espíritus respecto a nuestras relaciones internacionales, y un vago sentimiento de querer tener al menos una cierta influencia en la vida internacional se está abriendo paso en el español a pesar del fuertísimo subconsciente neutralista heredado de las generaciones anteriores, y de la propaganda intelectual pacifista y casi quietista de moda en las universidades de casi todo el Occidente que ha causado gran impacto en la juventud. Pero la coyuntura para ir integrándonos en el juego político internacional nos es en extremo favorable por una razón primordial, nuestro robustecimiento interior, pues así como nuestro debilitamiento paulatino, del que hablamos antes, fue la causa de un aislacionismo de tipo medroso, nuestro espectacular avance económico y social y en un próximo futuro también cultural, nos empuja a no resignarnos a ser una nación de segunda o tercera fila, ya que el desarrollo económico-social y el poderío político-militar son siempre paralelos, y en nuestro caso no podemos ser una excepción. Día a día el español está recobrando la seguridad en sí mismo, que en otro tiempo tuvo, exigiendo posturas cada vez más decididas en el campo de la política internacional, dentro de la complicada situación actual de la que no podemos sustraernos y de la que no somos culpables. Nuevo sentimiento naciente que hace preciso nos encuentre en línea y preparados a fin de que podamos tomar parte en la hora de las grandes decisiones y no ser el juguete de ellas, impidiendo que sean estas en contra de nuestros intereses tradicionales.

La vida internacional, reflejada en su máximo grado en los acuerdos y tratados, debe de seguir una línea de acción casi constante, consecuencia en gran parte de una serie de factores que dan continuidad histórica a la conducta de cada día del país.

Estos factores son de dos tipos, unos fijos y otros variables. Como es lógico los fijos son los que imprimen carácter y los variables los que matizan la acción política adaptándola al momento histórico.

El factor permanente de más peso, es nuestra situación geopolítica, imposible de cambiar, y que es la causante de nuestra continuidad histórica.

Entre los factores variables más importantes y característicos de nuestra época y a la que se subordinan prácticamente todos los de esta naturaleza, son: La bipolaridad política en que nos vemos envueltos sin remisión, y la acción termonuclear que respalda esta bipolaridad.

No quiere decir esto que otros factores puedan tener una gran influencia en momentos determinados, tales como el anticolonialismo, grandes asociaciones económicas, nuevas filosofías políticas o de forma de vida, formación de nuevas potencias o reactivación de algunas que parecían extinguidas o dormidas. En fin, todas ellas matizan y actualizan el momento internacional, nosotros sólo vamos a referirnos a aquellas tres que consideramos más importantes, es decir: La situación geopolítica, la bipolaridad política, y la acción termonuclear.

Del estudio de estos tres factores podremos obtener las consecuencias que se precisan para poder juzgar si la línea seguida por nuestros acuerdos y alianzas son o no acertadas, así como también podremos justipreciar la necesidad de reforzar nuestras estructuras político-militares con el fin de hacerlas compatibles con la nueva situación.

El factor geopolítico.—Este factor tiene una doble dimensión al valorar, por un lado, nuestra situación con relación a la estrategia europea y por otro, respecto a la estrategia global. En ambas jugamos papeles importantes aunque de distintos alcances, cosa muy difícil de conseguir por los diferentes pueblos que constituyen Europa, en general nada dotados para la estrategia global.

Estudiemos primero nuestras relaciones geoestratégicas con Europa. Este Continente es una península de Eurasia, que comienza en los Urales y continúa por una enorme llanura que se prolonga hasta sus costas atlánticas. Dentro de esta gran llanura prácticamente no existen cadenas montañosas

importantes, excepto las formadas por el macizo Alpino y los Balkanes. Consecuencia de ello es que sus ejes estratégicos coincidan en líneas generales con sus grandes ríos, siendo los más importantes los formados por las dos cuencas fluviales del Rhin y del Danubio. Alrededor de estos dos grandes ejes estratégicos han tenido lugar los principales acontecimientos históricos de la Europa Occidental. Claro es que la Oriental también tiene sus grandes ríos que juegan en ella el mismo papel, el Vístula, el Elba, el Beresina y otros grandes cursos son importantísimos ejes estratégicos en aquellas para nosotros lejanas áreas.

Alrededor de centroeuropa y bastante extraños a ella se encuentran los países periféricos formados por penínsulas y grandes islas, entre ellos se destacan por su importancia las Islas Británicas y la Península Ibérica, separadas del continente, las primeras por el Canal de la Mancha y Mar del Norte, la segunda por el ingente macizo montañoso, sólo franqueable por sus extremos, formado por la cordillera Pirenaica. Estas separaciones de distintas características geográficas han causado en los dos países el mismo efecto, la evolución en ellos de la cultura europea con características propias dentro de la unidad del conjunto.

En la Península Ibérica existen dos naciones soberanas, España y Portugal, pero dentro del gran concepto de la defensa de Occidente, es preciso considerar a esta península como una unidad geoestratégica por encima de toda división, y con un concepto realista del problema, lo que no excluye el mutuo respeto político.

Por lo que concierne a España, los hechos históricos que sucedan en los grandes ejes estratégicos formados por el Rhin y el Danubio, apenas nos han interesado, aunque sí hayamos sufrido las secuelas de tipo político que han dado lugar a estas luchas. Como consecuencia de ello, nuestro país se ha desinteresado siempre de la política centroeuropea, excepto cuando ha buscado la hegemonía en el Continente. Esto ha sido una de las causas que nos ha empujado a nuestro actual aislacionismo, pues las luchas acaecidas alrededor de los dos grandes ejes estratégicos europeos, no nos interesan.

Esto no quiere decir que los españoles no nos sintamos europeos, pues siempre hemos tenido relaciones constantes y seculares con Europa. Ahora bien, estas relaciones en forma de corrientes culturales y económicas, han tenido lugar siempre a través de Francia por la vía terrestre, y por la marítima con Italia y los Países Bajos. Pero siempre la más fuerte y continua ha sido la de Francia. En nuestros momentos de crisis históricas, en la Edad Media

durante la conquista musulmana de la Península, constituyó el Camino de Santiago y sus peregrinaciones durante largos siglos, prácticamente la única corriente cultural que nos unía con Europa y por donde recibíamos los efluvios que nos impidieron arabizarnos y el poder reaccionar con un carácter puramente occidental. Pues bien, esta corriente era en su mayoría francesa e influyó notablemente en nuestro carácter, instituciones y cultura.

Este influjo disminuyó notablemente, aunque nunca desapareció, durante los reinados de los Austrias que trataron de mezclarnos, y de hecho lo consiguieron, en las rivalidades políticas de su dinastía en los grandes ejes del Rin y del Danubio.

Nuestras relaciones en esta época con centroeuropa se hicieron puentando a Francia, nuestra rival, a través del difícil camino del Cantábrico y Mar del Norte o el del Golfo de León continuando por el terrestre del Milanesado, el callejón de la Valtelina, Luxemburgo y los Países Bajos. Esta dificultad de relacionarnos con centroeuropa puentando a Francia está recogido en un refrán que dice: «Es más difícil que poner una pica en Flandes». Nuestro camino obligado por la Geografía de unión con Europa es, pues, a través de Francia, considerando lógicos todos los pasos que se llevan a cabo en los momentos actuales para unirnos al gran movimiento de reunificación europea conocido por el nombre de la Europa de los Seis, número que indefectiblemente tiene que ser aumentado si se quiere dar a la larga virtualidad y potencia a este gran ideal político-económico.

En resumen, nuestra situación geoestratégica respecto a la Europa continental es francamente mala, y nuestras posibilidades de mezclarnos o influir en su política son débiles, y estas, pensando con realismo, tienen que ser a través de Francia.

Esto explica nuestras escasas intervenciones militares en Europa después del siglo XVII en el que buscábamos nuestra hegemonía en el Continente, en lo que al fin fracasamos, como consecuencia de las malas comunicaciones antes citadas que impedían concentrar nuestro esfuerzo. Las pequeñas intervenciones posteriores lo han sido siempre de apoyo tímido al detentador de esta hegemonía, así lo fue en tiempos de Napoleón nuestra presencia en Dinamarca por medio de la expedición del marqués de la Romana, y próximamente en tiempos de Hitler en Rusia con la División Azul, ambas intervenciones tuvieron parecidas características políticas.

Es curioso hacer notar que la gran corriente medieval francesa que se des-

lizaba por toda la Cordillera Cantábrica hasta llegar a Santiago de Compostela, se ha vuelto a repetir en estos últimos años en el gran flujo turístico que corre ahora principalmente por las costas mediterráneas, pero con el mismo carácter vivificador, complementada por la corriente emigratoria laboral que desde España se dirige hacia centroeuropa. Estas dos corrientes son símbolos de los nuevos tiempos y forzosamente a la larga tendrán que tener consecuencias de acercamiento político-económico.

Nuestra mala situación respecto a Europa para poder intervenir en su política interna, no quiere decir que no tengamos importancia estratégica desde el punto de vista de la defensa del Continente en su conjunto, por el contrario, por el hecho de pasar a lo largo de nuestras largas costas todas las líneas de comunicaciones marítimas que unen las del Atlántico y Mediterráneo con los puertos centroeuropeos, nuestra situación dominante en el Estrecho de Gibraltar, el constituir el camino más corto entre Africa y Europa, y por ser el último gran bastión defensivo europeo difícilmente franqueable, hacen de la Península Ibérica una pieza importantísima de su tablero estratégico, de la que no se podría prescindir en caso de un avance oriental de gran estilo, no teniendo ningún sentido, en lo que concierne a la organización de la defensa de Europa, el que se haya prescindido de nosotros en los momentos de la creación de la NATO, en donde se ha tratado de puentearnos con Lisboa y Gibraltar, sin tener en cuenta que la realidad geográfica de España no se la puede escamotear con esos dos puntos de apoyo, que están aislados de la Europa continental por la amplia masa peninsular, y que sólo el sectarismo político que reinaba en los días de su creación, y la ambición inglesa de continuar dueña y señora en el Peñón de Gibraltar sin compartir responsabilidades hispánicas, hizo posible en aquellos días tan enorme despropósito estratégico, acrecentado en estos últimos tiempos por la entrada y consolidación rusa en el Mediterráneo, así como por el neutralismo con simpatías hacia Rusia de los países Norteafricanos formados después de la creación de la OTAN. Por nuestra parte, dado que los dos fines principales de esta Organización consisten, en la defensa de las fronteras Orientales de Europa, y el asegurar las comunicaciones marítimas del Atlántico Norte, no nos sentimos atraídos por estos objetivos, aunque si nos interesen el mantenimiento de las comunicaciones marítimas atlánticas, pues como dijimos antes los acaecimientos políticos militares en los grandes ejes estratégicos europeos, en este caso el del Elba, no nos interesan y solamente podríamos sentirnos espiritual y materialmente

participes de su defensa en el momento que seamos integrados de una forma digna y natural en el gran movimiento de acumulación de esfuerzos políticos y económicos comenzado a realizarse en la Europa de los Seis.

Con relación a nuestra situación estratégica aeronaval respecto al Continente europeo, podemos decir que es casi privilegiada. Los grandes puertos de Europa, por donde salen al mundo sus hombres y mercancías están situados en los estuarios de los grandes ríos que desembocan en su fachada atlántica o en el Mar del Norte y Báltico. Su posición respecto al comercio interior europeo no puede ser mejor ya que tienen la enorme posibilidad de continuar su tráfico a través de estas vías fluviales navegables.

Pero en caso de guerra, todos estos grandes puertos ven condicionadas sus actividades por la posición de geobloqueo natural que tienen las Islas Británicas sobre todas las costas, sin excepción, de la Europa Central. Es decir, que de estos puertos se podrá salir a la mar con permiso de los ingleses, sin esta aquiescencia los pueblos de Europa no podrán alcanzar las rutas oceánicas que son las que hoy día verdaderamente cuentan, también el tráfico costero continental muy activo e importante para la economía europea, pueden los ingleses interrumpirlo cuando quieran o hacerlo muy difícil. En resumen, la salida a las rutas oceánicas en caso de guerra se podrá llevar en Europa a cabo si a Inglaterra le conviene, según la posición que tenga cada nación en el conflicto.

Pues bien, de este geobloqueo natural solamente se escapan sus dos Penínsulas extremas, la Escandinava y la Ibérica, en donde no les es posible a los ingleses mantener un bloqueo de sus costas de forma continua. Esta es la razón por la cual, Hitler en la segunda guerra mundial conquistó Noruega para aprovechar como bases de partida a sus «fiords», y por la que trató de arrastrar a España en el conflicto sin conseguirlo, por la conocida entereza de Franco.

Esta propiedad de poder alcanzar las comunicaciones marítimas atlánticas y mediterráneas con facilidad, es en realidad una de las razones que valoran por sí misma nuestra situación, tanto en los límites de la estrategia europea como en el de la estrategia global. Por todo ello podemos afirmar, que aunque nuestra posición sea mala respecto a la estrategia centroeuropea, es magnífica desde un punto de vista aeronaval en una visión conjunta de la defensa de nuestro continente.

La estrategia global es la propia de las grandes potencias mundiales,

siendo su fin principal el dominio de las grandes rutas oceánicas y aéreas más importantes del mundo, con el objetivo final de poder llevar su esfuerzo militar a el punto del Globo que le interese, sobrepasando a su enemigo en la capacidad de concentración. Hoy día esta estrategia está íntimamente ligada a los bombardeos estratégicos termonucleares con cualquier tipo de vector.

Pues bien, España para poder influir en este tipo de estrategia tiene las cualidades siguientes:

— Estar separada del Continente europeo por una gran cadena de montañas fácilmente defendibles, dentro de unos límites razonables.

— Tener fáciles salidas, fuera de todo geobloqueo natural, a las grandes rutas oceánicas, posición reforzada enormemente por las Islas Canarias, complementadas, sino aún con más importancia, por las portuguesas Azores.

— Constituir el paso natural más corto entre el Continente europeo y el africano a través del Estrecho de Gibraltar.

— Dominar naturalmente este Estrecho desde sus accesos, pudiendo anular la posición de dominio del Peñón en la angostura si nos decidimos a consolidar nuestra posición militar en ellos.

— Estar a caballo entre el Océano Atlántico y el Mediterráneo, con bases ambivalentes para los dos mares.

— Tener una posición muy fuerte en el Mediterráneo Occidental.

— Ser un centro de comunicaciones aéreas entre América, Europa, Africa y por extensión con el Próximo Oriente, así como poseer un gran poder posicional interceptador.

— Con relación a las conquistas espaciales, basta observar que de las grandes estaciones de seguimiento y control de satélites existentes en el mundo, dos se encuentran en España, lo que prueba que no se puede prescindir de nosotros en estas grandes realizaciones.

Después de hacer esta ligera exposición de nuestras propiedades, podemos afirmar, que nuestra posición geopolítica dentro de la estrategia global es muy fuerte, lo que explica el haber podido ser una gran potencia mundial en tiempos pasados, y en consecuencia, si nos preparamos debidamente, podemos obtener grandes frutos políticos explotando esta posición, pues especialmente nuestras fuerzas aéronavales, aunque modestas, siempre que sean modernas y bien preparadas, pueden tener una enorme influencia por contar con bases extraordinariamente bien situadas, lo que revaloriza sus potencialidad, pudien-

do ser su actuación mucho más definitivas que las de otras naciones más potentes, pero mal situadas para este tipo de estrategia.

Si examinamos ligeramente las posiciones de nuestros vecinos europeos más próximos, Inglaterra, Italia y Francia, llegaremos a estas conclusiones:

La posición de Inglaterra es magnífica, tanto en la estrategia global como en la europea, las razones son casi las mismas que las de España, reforzadas con el mayor aislamiento del Continente producido por su situación insular, así como por el hecho de estar en una latitud más alta, y sobre todo, su gran potencialidad político militar y económica que le hace posible lograr el máximo resultado de su posición geoestratégica.

Con relación a la estrategia europea, basta examinar la historia de estas últimas centurias y ver que ha podido implantar una política de equilibrio, aprovechando su situación de geobloqueo natural, utilizando su potente fuerza naval para conseguirlo.

Italia, tiene una posición central en el Mediterráneo que le permitió en tiempos de Roma hacerse dueños del mundo conocido. En la actualidad en donde las rutas oceánicas son las que cuentan, no puede tener la menor intervención en la estrategia global, más que por medio de su fuerte influencia en todo el Mediterráneo, por poderse mover en él por líneas interiores, superioridad estratégica de gran alcance, pero limitada, como lo demostró su actuación en la segunda guerra mundial.

No obstante, estos inconvenientes, su influencia en la estrategia europea será siempre grande debido a su fuerte posición Alpina en el centro de Europa, y su situación en el Mediterráneo.

Su poderío industrial, económico y demográfico, aumentan considerablemente la importancia de su intervención en Europa.

Francia en la estrategia europea tiene una posición inmejorable. habiendo sido resumida por los propios franceses esta magnífica situación geoestratégica, diciendo que su país constituye la «Plaque tournante de l'Europe», y es verdad, mira a todos los lados y puede orientar sus rieles de influencias militares hacia el Norte, el Este, o el Sur. Su famosa Historia lo confirma, habiendo llegado a su máximo en su explotación durante las guerras napoleónicas.

Una enorme potencialidad económica, cultural e industrial le ha dado con gran continuidad a lo largo de los tiempos la posibilidad de explotar esta situación, aunque no hayan faltado los reveses, pues el devenir histórico es siempre un arcano.

Esta gran posición se refiere únicamente a la estrategia puramente continental, pues los factores con que cuenta para influir en la estrategia global son débiles, aunque hoy día estén incrementados por su creciente poderío atómico.

De hecho la posición de Francia para influir en la guerra naval sobre las grandes líneas oceánicas y la gran arteria mediterránea que contornea el Norte de Africa son muy deficientes.

En primer lugar tiene que contar con la neutralidad o alianza inglesa, ya que todos sus puertos atlánticos, o al menos los más importantes, están sometidos al bloqueo natural inglés.

En el Mediterráneo, su única base naval importante, Toulon, está excesivamente separada de la gran arteria norteafricana para poder influir decisivamente en ella, aunque puede obtener una posición fuerte en el Mediterráneo Occidental, pero tiene que contar con bases o facilidades españolas para conseguirlo de una forma práctica y económica. Lo mismo puede decirse en el aspecto aéreo del problema.

Con relación a la posibilidad de concentración de sus fuerzas navales, importantísimo factor estratégico en cualquier maniobra destinada a batir a una flota enemiga presentándose en la batalla con superioridad de fuerzas, hay que observar que por cuestiones geográficas se ve obligada a repartir sus fuerzas entre sus bases atlánticas y mediterráneas, y que para concentrarlas en uno u otro mar, necesita contornear las largas costas de la Península Ibérica y atravesar el Estrecho de Gibraltar, lo que hace de esta concentración algo muy azaroso y dependiente de la benevolencia española y de la inglesa desde el Peñón.

Todos estos aspectos teóricos del problema no tienen otro objeto que exponer las dificultades de Francia para influir en la estrategia global, y la necesidad que tiene de contar con España para ello, de su alianza como en los tiempos de los Pactos de Familia, o de acuerdos de facilidades militares como el último suscrito.

Toda esta situación estratégica, tanto la europea como la global, está muy complicada por la necesidad hoy existente de tener que ampliar la extensión de los tradicionales teatros de operaciones debido a la intervención aérea, y preparar éstos tratando de tener en ellos un dominio electrónico que se superponga al militar, con el fin de que las redes de alerta de todo tipo funcionen

y enlacen entre sí, facilitando la interceptación aérea, submarina, y de los misiles balísticos.

Respecto a estos puntos de vista, el Golfo de Vizcaya español, o de Gascuña francés, tiene que ser considerado como un solo teatro de operaciones desde el punto de vista defensivo aéreo o antisubmarino. Desde el Cabo Finisterre español al de su mismo nombre francés, es necesaria la unificación estratégica, si se quiere realizar una defensa antisubmarina o antiaérea económica y eficaz.

Nuestra Base Naval de Ferrol, las rías gallegas en general, y la red de alerta cantábricas son puntos claves de la defensa del acceso meridional del Canal de la Mancha. En el juego de equilibrios de poder dentro del Occidente, la unificación de la defensa del Cantábrico por parte de Francia y España consolidaría las posiciones de los dos países en el seno de la Alianza Occidental.

El factor nuclear.—Al terminar la segunda guerra mundial, un nuevo factor, inédito hasta entonces, ha venido a complicar la situación internacional, haciendo su entrada en la gran política mundial con una extensión y una importancia tal, que nadie puede evadirse de ella por muchos subterfugios y declaraciones que hayan realizado los pueblos no detentadores de estas armas. Así el Tercer Mundo, Países neutralistas y neutrales, no comprometidos, no alineados, áreas desnuclearizadas, etc., son expresiones vanas en el caso de una guerra nuclear generalizada. Todos estamos metidos en este peligro, y bien por medio del impacto directo o de las nubes móviles de rayos Gamma, es imposible librarse por voluntad propia del peligro. Esta imposibilidad de poder evitar estos espantosos males es un hecho muy a tener en cuenta por los encargados de negociar tratados y acuerdos, y enfocar esta situación con carácter realista sin concesiones a la galería.

La opinión pública española, y en general la mundial, se horroriza cuando sus gobernantes adquieren compromisos que encierran peligros evidentes de ser elegidos como zona de impactos directos, pero en la mayor parte de los casos el consentir estos riesgos es la única forma de evitarlos, dada la fórmula actual del equilibrio por el terror, aunque esto sea muy difícil de comprender por aquellos que de la guerra nuclear no tienen conceptos muy firmes. Sin embargo, hay que añadir que el temor público está perfectamente justificado, y este sentimiento popular es compartido también por el pueblo de los grandes países detentadores del poderío nuclear.

Trataremos en pocas palabras de hacer una síntesis de la evolución de la política mundial atómica y su situación actual.

Norteamérica comenzó en 1945 siendo la única poseedora del terrible instrumento bélico, y en consecuencia la que impuso sus condiciones al mundo, en aquellos tiempos, aunque fuera contrarrestada por Rusia en los tratados de paz, debido a la ingenuidad y desconocimientos de los problemas mundiales que en aquellos decisivos tiempos hicieron gala.

El vector utilizado en la primera época fue con exclusividad el gran bombardeo estratégico, del que Estados Unidos tenía la más importante flota. El primer contraste fue el del Bloqueo de Berlín y el puente aéreo con que se consiguió mantener a la ciudad. Este tuvo como cobertura estratégica a unos escuadrones aéreos con capacidad atómica destacados en las Islas Británicas, que contuvo a los rusos en sus ambiciones teniendo al fin que ceder.

Más adelante vino la época, que podemos calificar de romántica, de robos de secretos atómicos y secuestro de sabios, al fin, los rusos tuvieron su explosión atómica, después los norteamericanos, la termonuclear, a los dos años también los soviéticos. En este intervalo los ingleses consiguieron sus explosivos nucleares y termonucleares, aunque hay que decir en su honor, que con modestia y cierta repugnancia.

En la era en que el único vector utilizado fue exclusivamente el bombardeo estratégico, la situación general rusa era muy mala respecto a la norteamericana, y prácticamente la superioridad total estaba a manos de éstos, inaugurando su política de «deterrent» de disuasión y contención ante cualquier veleidad conquistadora soviética en Europa. Esta política de estrategia nuclear en nuestro continente fue sumamente buena para él, pues le permitió no ocuparse apenas de rearmarse y por el contrario desarrollar su economía y reconstrucción.

Pero el signo de los tiempos fue variando con el cambio paulatino del vector, al aparecer los grandes proyectiles autopropulsados intercontinentales. Poco a poco Norteamérica y Rusia fueron poniendo en línea modelos cada vez más perfeccionados y de mayor alcance y precisión, así como fabricándolos en serie.

Esto ha traído consigo un equilibrio destructor mutuo que pasó por diferentes fases, primero nació la contrabatería atómica capaz de destruir antes de haber sido disparados las instalaciones aéreas de los grandes cohetes, después, para evitarlo llegó la construcción de grandes silos invulnerables a las des-

trucciones enemigas desde los que se podían lanzar los propios, cubriendo amplias áreas de destrucción. Esta nueva situación fue ampliada con el nacimiento de los submarinos atómicos con capacidad termonuclear, primero, norteamericanos, después, rusos casi en igual número que éstos. Todo ello condujo a un «Impasse nuclear», o sea, a un callejón sin salida, ya que la superioridad atómica sobre el enemigo era imposible de lograr, llegándose a una posición de equilibrio por el terror que paraliza cualquier acción ofensiva de uno de los grandes adversarios ante el temor a la represalia inmediata del otro, lo que terminaría con la destrucción total en ambos sin victoria posible.

De este estado de cosas, que se prolonga ya hace unos años, no se ven posibilidades de salir de él, a pesar de los esfuerzos técnicos de ambos; ha arrasado a los países del mundo a una situación sumamente extraña con relación a la estrategia nuclear. Teóricamente, pero de hecho con efectos prácticos, ambas grandes potencias están protegidas por dos grandes «bóvedas de protección nuclear» dentro de las que se encuentran sus objetivos vitales y los de sus aliados, ya que en el caso de ser atacados con medios nucleares alguno de ellos, se pondría en marcha la máquina de represalias, siendo estas de naturaleza ascendente, hasta terminar en la guerra termonuclear total y con ello el fin del mundo o poco menos.

Estas bóvedas ideales tienen un límite que recibe entre otros nombres, el de «Línea tácita de bombardeo», perímetro teórico y fluctuante dependiente en gran parte de la política. Esta línea cubre a los países que corren el riesgo de intervenir en una guerra generalizada, lógicamente las limitadas, tendrán lugar en aquellos países que están fuera de esta línea ideal y sin protección. Es, pues, muy interesante a las naciones que no tienen poderío atómico, como la nuestra, el estar cubiertos por la bóveda protectora, pues, es la única forma de impedir amenazas nucleares o chantajes atómicos en un momento histórico determinado, así como el poder evitar el verse envueltos en guerras limitadas, o que este peligro sea marginal y de menor cuantía.

Por todas estas razones, los peligros que se aceptan en los Acuerdos, están a nuestro juicio justificados, aunque no sea agradable esta aceptación y lógicos los temores, pero con ellos no estaremos expuestos a ser amenazados ni víctimas de un misil estratégico, en el caso de que nos viéramos envueltos en una guerra marginal en la que la parte contraria recibiera garantías o ayuda rusa.

Por otra parte, dado el cansancio general y los síntomas de distensión política mundiales, cuyo motor más importante es la revitalización del Imperio Chino y su paulatina conversión en potencia atómica, hecho que constituye una amenaza evidente para la Unión Soviética que busca como es lógico no tener que luchar en dos frentes, así como lo absurdo de emplear un arma de destrucción total, con las que no hay ni vencedores ni vencidos, los riesgos que se corren no parecen ser tan grandes ni tan inmediatos, y por lo pronto, a los países adelantados, entre los que, gracias a Dios, nos contamos, les conviene estar dentro de esta protección ideal, pues los efectos de paz real que produce facilita el desarrollo, y hace que nuestra economía se vaya reforzando día a día por el trabajo de todos los españoles, en lugar de tener que gastar nuestras energías en armamentos inmoderados, como les sucede a otros pueblos constantemente amenazados por guerras marginales.

En la actualidad, el Club de las potencias nucleares está formado por: Estados Unidos y Rusia, como superpotencias, y por Inglaterra y Francia, seguidos, últimamente por China, pero de cuyo desarrollo práctico dudamos dado el estado interior del país, aunque la falta de información puede producir sorpresas.

Hoy día para contarse realmente entre los grandes del mundo hay que ser socio del Club Atómico, pues no basta con una situación fuerte en armamento convencional, hay que contar con una cobertura nuclear, aunque esta no sea muy grande y concluyente. Pero ¿merece la pena buscar el fabricar el explosivo nuclear a toda costa para poder presumir de grande, sin serlo realmente? Pensamos que no. La técnica de obtención del famoso explosivo es hoy día de dominio casi mundial. Muchas naciones son nucleares en potencia, entre otras España, pues el gran desarrollo que están teniendo en nuestro país las industrias nucleares con fines pacíficos, han formado un brillante plantel de técnicos en estas materias en todos los niveles, de tal forma que producir la bomba atómica solamente es cuestión de decisión gubernamental y de cuantiosas inversiones. ¿Pero qué íbamos a obtener de práctico con ello?, el dinero lo necesitamos para cosas de rendimiento más inmediato, como, por ejemplo, el Plan de Educación Nacional y la construcción de autopistas. Nuestro reforzamiento social-económico está por encima de toda consideración, y una vez alcanzado un nivel adecuado, los demás bienes nos serán dados como añadidura.

Es muy fácil criticar los acuerdos, pero es difícil conocer el verdadero

fondo de una situación tan complicada y llena de factores hasta ahora inéditos en la vida internacional, lo que nos obliga en bien del país y a pesar de las apariencias y de las reacciones populares lógicas y elementales, aceptar riesgos si queremos continuar con el ritmo de nuestro desarrollo y llegar de nuevo a figurar entre los pueblos que cuentan en la historia.

El factor político.—Las estructuras de las relaciones políticas entre los pueblos de la Tierra cambió radicalmente después de la segunda guerra mundial, especialmente en lo que se refiere al equilibrio de poderes. Con anterioridad a ella, el mundo estaba formado por una serie de naciones con distinto nivel de desarrollo, poderío económico y militar, sobresaliendo en general sobre las demás, aquellas que habían logrado grandes imperios coloniales bien explotados y en orden. En esta era histórica, existió siempre la posibilidad de poderse crear bloques de naciones que se equilibrarán consiguiéndose con ello que hubiera una relativa paz. Las guerras solían ser limitadas, y en caso de generalizarse, una vez firmadas las paces no daban éstas lugar a un excesivo acrecentamiento de poder en una sola mano, y a los pocos años el equilibrio volvía por sus fueros y con él el concierto internacional.

Pero la intervención y victoria de Norteamérica y Rusia en la última guerra mundial, dio entrada a dos superpotencias de extensión, población y recursos de carácter continental, sobrepasando su poder político y militar al conjunto del resto de los pueblos, sumergiéndolos prácticamente en la impotencia, más o menos disimulada al resto de las naciones, bien hayan sido éstas sus aliadas o enemigas durante la última Guerra Mundial, habiéndose dado la paradoja de que las consecuencias finales han sido iguales para todas. Este desequilibrio de poderes ha sido incrementado en forma casi ilimitada a favor de estas dos superpotencias, por el explosivo nuclear y sus vectores, detentado casi en exclusividad por ellos, con una desproporción masiva con aquéllas otras potencias que también cuentan con él en su panoplia de armamentos. Esta espantosa situación ha producido un agrupamiento espontáneo o forzado, de las diversas naciones más adelantadas alrededor de cada uno de estos grandes, formándose áreas de influencia más o menos disimuladas.

Recordamos, antes de continuar adelante con nuestro razonamiento, que la bipolaridad política es un fenómeno que ha aparecido algunas veces en la Historia, aunque nunca con la intensidad que ahora.

Si nos referimos únicamente a la historia moderna, durante el Renacimiento después del descubrimiento y colonización de América por los es-

pañoles, y las conquistas en Asia Menor y Europa Oriental, realizadas por los turcos después de la caída de Constantinopla, ambos acontecimientos hicieron surgir a España y Turquía, casi repentinamente, como dos superpotencias, verdaderos y únicos árbitros de la política mundial de la época, con sus áreas de influencia respectivas y las consiguientes zonas de fricción en sus bordes, en donde siempre existía el peligro de enfrentamiento directo entre los dos colosos. Impusieron el cequí y el doblón como valuta oro en cada una de sus áreas, durando esta situación financiera siglos. Intervinieron en todas las guerras limitadas que surgían en sus respectivas zonas, al objeto de imponer el orden con arreglo a sus principios políticos, y nadie en el fondo tomaba decisiones de importancia sin la aquiescencia de uno de los dos colosos.

La descomposición interna fue la causa más importante del debilitamiento paulatino de España y Turquía, cuando la tensión espiritual y material en que vivían estos países cedió, su supremacía poco a poco fue desapareciendo.

Rusia y Norteamérica son los grandes hegemonos actuales, los dueños de las finanzas mundiales, los que han impuesto el patrón monetario internacional, los que tienen acumulados la mayor parte del oro físico del mundo, y por último, los dueños de las materias primas y de las industrias pesada y ligera en una desproporción tal con los otros países, que hace que aún los más desarrollados se encuentren inermes a su lado.

En el terreno militar, son los únicos que cuentan con las armas más adelantadas de todos los tipos en continuo desarrollo, tanto las convencionales como las estratégicas, en cantidades enormes, y sus ejércitos son, sin posible contraste, los mayores y mejor preparados del mundo.

Las áreas de influencias surgidas alrededor de cada uno de estos dos supergrandes, están limitadas en Europa con toda claridad por el Telón de Acero, no así en otros sectores más lejanos, lo que da lugar a regiones en litigio, que son en consecuencia zonas de fricción, en donde suelen ocurrir guerras limitadas alimentadas por los dos colosos, a veces con intervenciones directas de uno de ellos, pero siempre evitando la confrontación. En las áreas de control directo, existen zonas formadas por grupos de naciones que constituyen su «glaxis» defensivo o cinturón de seguridad estratégica, que por un acuerdo tácito son sagradas para el otro, no interviniendo en ellas ni aún en los momentos de crisis de poder que aparecen de cuando en cuando en las naciones que más o menos forzosamente lo forman. Cuando ha habido algún

conato de intervención directa como en el caso de Cuba, ha bastado una llamada al orden para que el *statu quo* se restableciera.

Estas crisis de influencias son más corrientes en el Bloqueo Oriental que en el Occidental, y han sido reprimidos por la fuerza con mayor o menor intensidad según la importancia estratégica que el país disidente juegue en el «glaxis» defensivo o en el despliegue mundial. Así Rusia dominó por la fuerza rápidamente la sublevación de Hungría por la importancia que tiene para ella el dominio de esa parte de la cuenca del Danubio. Con la misma rapidez y energía terminó con las veleidades capitalistas de Checoslovaquia, debido a ser el cuadrilátero de Bohemia la clave de su cinturón defensivo. Sin embargo, con Rumania, nación marginal en su despliegue, es más tolerante, siempre que las cosas no alcancen un cierto límite del que no podrá pasar.

El «glaxis» defensivo de Norteamérica en Europa lo forman los pueblos de la OTAN y es, sin duda, alguna más fácil de manejar que el ruso, ya que el miedo de estas naciones a caer en un momento dado bajo el control de la URSS es superior a los gastos y molestias que les produce la presencia de tropas americanas en sus territorios, que les garantiza la intervención de los EE. UU. en un momento de crisis internacional. Además, Norteamérica evita las intervenciones directas, excepto en algunos casos como en el Líbano, utilizando con mayor o menor fortuna en los momentos de vacilaciones de sus aliados, presiones políticas, económicas, e incluso ceses de ayudas en el desarrollo.

También es fama, aunque difícil de comprobar, su intervención en la política interior de los países por medio de la acción y dinero de la C. I. A. De todas formas sus intervenciones, sean del género que sean, nunca han tenido hasta ahora el aspecto un tanto brutal de las intervenciones rusas, pues el medio de pueblos antiguos y adelantados en que se mueve no se lo consentiría sin levantar peligrosas protestas. Pero los medios de presión con que cuenta le bastan y le sobran para imponerse en cualquier momento de crisis de influencias.

Es lógico que el trato dado a sus aliados y amigos dependa de sus respectivas potencialidades económicas y militares, así como de su importancia estratégica en el dispositivo defensivo europeo, o en su despliegue mundial. En lo que se refiere a nuestro caso, hemos visto anteriormente la gran proyección de España en la estrategia global y el alcance que tiene en ella su posición geopolítica. Pues bien, este tipo de estrategia es precisamente la de la talla

de los Estados Unidos, la que le es propia, siendo nosotros una pieza clave en ella, tan importante o más que Checoslovaquia en el dispositivo ruso.

Este estado de cosas nos obliga a ser realistas en nuestras relaciones con Norteamérica, estudiando cuidadosamente las ventajas e inconvenientes que tiene para nosotros esta situación, tratando de obtener los máximos resultados de las primeras y eludiendo en lo posible los segundos, pero teniendo en cuenta que en cualquier caso no es fácil que ceda en su influencia de tipo militar, pues somos una pieza de enorme importancia en su despliegue estratégico de alcance mundial. Estas reflexiones podrán ser tildadas de conformistas, pero si se estudian con cuidado cada uno de los tres factores expuestos, es muy posible que surja la visión realista del problema y no la sentimental de tipo patriótico, muy loable, pero escasamente práctica en los momentos de las grandes decisiones. Por todo ello, los pasos dados por nuestra diplomacia con el fin de obtener las mejores soluciones en las firmas de los acuerdos, nos podrán gustar o no, pero han sido realistas y mejorado notablemente en todo lo que se refiere a nuestro viejo orgullo de antigua gran potencia del que la opinión pública es tan sensible, aparte de su ampliación hacia otros sectores de la vida nacional de los que no tratamos por no tener este estudio otro carácter que el de su aspecto militar, pero de cuya importancia no es posible dudar, si son correctamente interpretados y puestos en práctica.

La bipolaridad política pesa como una losa de plomo en las relaciones internacionales de todos los países, y muy especialmente en aquellos que ocupan posiciones estratégicas decisivas, no pudiendo nosotros eludirlos, aunque sí debemos de tratar de jugar en el equilibrio de poderes dentro de la misma coalición, dándonos los acuerdos militares con Francia oportunidades que antes no teníamos, pues lo que no podemos hacer es aislarnos y obrar por nuestra cuenta, ya que solos no iremos a ningún lado.

También debemos de mejorar lo que podamos las relaciones con el otro bloque, olvidando los malos recuerdos que podamos tener como consecuencia de la pasada guerra civil, pues en el seno de la política mundial tenemos algunos intereses coincidentes, aunque claro está, sin sobrepasar los límites que nos marca nuestro occidentalismo de corazón. Además nuestra creciente industrialización exige la búsqueda de nuevos mercados, y aquella inmensa área nos los ofrece inéditos, no debiéndose desaprovechar ninguna oportunidad que surja en el sentido de obtenerlos, así como de mejorar nuestras relaciones políticas hasta conseguir su normalización, pues nos interesa guardar en lo posible

una situación de equilibrio entre los dos colosos, pero sin perder nunca de vista que pertenecemos de lleno, porque nuestra situación geopolítica nos lo impone, al mundo Occidental, y en consecuencia estamos dentro del área de influencia norteamericana y por ahora, tal como se presentan los acontecimientos, no parece haya ninguna posibilidad de salir de esta situación, ya que la bipolaridad política cada día se hace más fuerte.

Consecuencias.—Resumiendo todo lo dicho, los Acuerdos de carácter militar firmados hasta ahora por España son los siguientes:

— El Pacto Ibérico con su consecuencia práctica formada por los Estados Mayores Peninsulares, que tiene por fin principal el considerar a la Península Ibérica como una unidad geoestratégica dentro de la defensa de Occidente, además de afirmar los lazos fraternales y de respeto político mutuo entre España y Portugal.

Consideramos este Pacto como básico, y punto de partida del resto de los Acuerdos, pues sin él los otros no tendrían resultados prácticos en el campo estratégico. Las dos naciones peninsulares no podemos vivir de espaldas en la actual situación mundial, y de su aplicación realista se han desprendido innumerables ventajas en la vida internacional de ambos países.

— El Convenio de amistad y cooperación entre los Estados Unidos y España, últimamente firmado, bastante diferente en su forma de aplicación a los dos últimos Acuerdos, pero no en su fondo, y que nos liga a la gran estrategia mundial en todo lo que se refiere a la defensa de Occidente con relación a una posible acción ofensiva de la Unión Soviética, lo que nos sitúa debajo de la gran bóveda de protección atómica, ya que en España existen intereses vitales para los dos países que merecen una respuesta inmediata en el caso de una agresión con medios nucleares:

El compromiso no se extiende a las guerras limitadas que pudieran surgir entre España y otros países, cosa poco probable, aunque cabe dentro de lo posible si fuéramos atacados. Pero este tipo de guerras marginales son raras en la situación político estratégica actual, y nuestro creciente potencial industrial nos facilitaría el salir del paso airoosamente, sin necesidad de ayudas importantes exteriores.

Al ser la NATO la organización básica para la defensa de Europa, y siendo uno de los objetivos de los Estados Unidos la protección de este continente ante un ataque soviético, indudablemente este Convenio nos acerca a los fines

de la OTAN, pero sin comprometernos en nada definitivo. Esta organización defensiva no cuenta con las simpatías españolas, ya que no sólo nos dejaron al margen cuando su fundación, sino que han tratado de puentearnos, como dijimos anteriormente, sin tener en cuenta nuestros sentimientos y la realidad geoestratégica que está por encima de cualquier consideración en una coalición de este tipo. Ello hace que nos sintamos reticentes ante cualquier acercamiento a la NATO, pues no podemos olvidar la continua oposición hacia todo lo español de determinados países que la componen, oposición que a nosotros nos deja atónitos, ya que se trata de naciones hacia las que no tenemos ningún sentimiento de enemistad, y no comprendemos como únicamente por sectarismos políticos se adjudican el derecho, no solamente a rechazarnos como posibles componentes de la Organización Atlántica, sino a juzgar nuestra política interna como jueces competentes y únicos mantenedores de los principios democráticos.

Esta postura duele a todos los españoles, cualquiera que sea su forma de pensar, por arbitraria y absurda, y puede que algún día a la hora de los contrastes, las recordemos como uno de los causantes de posibles desastres que la falta de realismo estratégico trae siempre consigo.

Este convenio de amistad y cooperación es, sin duda alguna, el más importante de todos, ya que nos liga a la superpotencia de Occidente, y con él nos unimos directamente a la estrategia global de esta gran potencia, convirtiéndonos en pieza primordial en el tablero de su despliegue mundial, no debiendo nunca olvidarse en nuestras relaciones con Norteamérica esta circunstancia, aunque para obtener el máximo rendimiento deberíamos fortalecer nuestro armamento especialmente en su aspecto naval y aéreo, pues con ello el peso de nuestra posición estratégica aumentaría considerablemente, dada el área vital para los intereses de Occidente en donde podríamos actuar, con lo que en el momento de sentarnos a discutir pactos o acuerdos podríamos presentar bazas que no sólo consistieran en posiciones geográficas, sino en el aprovechamiento de éstas con medios propios, pues con ello aumentaríamos nuestro peso intrínseco en la coalición occidental.

No es posible disimular los riesgos nucleares que nos hace admitir este convenio, aunque estos riesgos en Europa han de ser tan generalizados en el caso de una confrontación atómica entre el Oriente y el Occidente, que no nos libraríamos de ellos. Estos riesgos son en gran parte la causa de que no sean populares los acuerdos, pues los horrores de este tipo de guerra hechos

patentes en películas y artículos periodísticos, han hecho su impacto en la conciencia pública que no desea verse implicada en tales desastres.

— El Acuerdo de cooperación entre las fuerzas armadas de Francia y España tiene dos vertientes. La primera es el de dar a las fuerzas armadas francesas, probablemente a la Marina y Aviación facilidades logísticas.

Dado el poco tiempo transcurrido desde su firma, ignoramos el alcance de esas facilidades no pudiendo en consecuencia comentarlas. Nuestra opinión personal sobre el particular, que no tiene nada que ver con la posible orientación que pueda darse a su desarrollo, es de que se nos presenta una ocasión tanto a Francia como a España para aumentar nuestro peso dentro de la coalición accidental aprovechando nuestra magnífica situación en la estrategia global y la no menos buena de Francia en la europea.

Si orientáramos de acuerdo nuestros esfuerzos militares y unificáramos nuestra política con relación a la defensa de Europa, conseguiríamos crear un factor de equilibrio dentro de ella de tal importancia que nos permitiría tomar parte en las grandes decisiones, o por lo menos influir en ellas con el fin de que se tengan en cuenta nuestros intereses vitales.

La otra vertiente del acuerdo se refiere a facilidades de armamento y sobre todo de poder producir en España ciertas armas y equipos ya experimentados en Francia con buen éxito. La bondad de estas armas y nuestra vecindad y facilidad de obtener repuestos, hace que podamos conseguir gran partido de esta cooperación técnica, facilitándose la recuperación de las industrias militares básicas, de lo que estamos muy necesitados.

— Por último, aunque este pacto no tenga carácter militar, tenemos que citar al Acuerdo preferencial realizado con el Mercado Común, que a la larga puede tener un alcance político enorme, ya que nos uniría al gran movimiento europeo de reunificación de esfuerzos económicos, sociales y políticos, único camino lógico, tanto para alcanzar el desarrollo en el nivel que necesitamos, como de poder contrabalancear en parte a los dos colosos que se disputan la hegemonía mundial, uniéndonos con el porvenir de Europa y, por tanto, a su estrategia defensiva.

Estos pactos y acuerdos han perfilado lo suficientemente nuestra situación en el mundo internacional como para sentirnos unidos a la gran política de Occidente, aunque quedan algunos baches, siendo el principal de ellos nuestra no alineación con la OTAN. A pesar de todo, estos acuerdos aumentan nuestras responsabilidades con nosotros mismos y los demás, obligándonos a adaptar

nuestras organizaciones militares a las que hoy día se utilizan en el mundo occidental, lo que nos aconseja examinar si las nuestras están o no de acuerdo con la nueva situación.

Hay que confesar que los problemas que plantea hoy día la organización de la defensa nacional no están resueltos por las actuales estructuras que provienen de tradiciones decimonónicas, que en España como consecuencia de las guerras civiles, arrastran una serie de prejuicios propios de ese tipo de conflictos, que pesan enormemente en las organizaciones militares, y que ha traído como consecuencia una preponderancia del Ejército de Tierra en los problemas de la defensa, justificada en parte, pero que no está de acuerdo con el papel que podemos representar en el mundo, dada nuestra situación geoestratégica comentada anteriormente.

De hecho, nuestros tres ministerios militares obran con completa independencia, sin más poder coordinador que el que le presta el Alto Estado Mayor, reflejándose este estado de cosas en el reparto del escaso presupuesto destinado a las fuerzas armadas.

El esfuerzo promedio de las naciones occidentales en los gastos de su defensa con relación al producto nacional bruto es del 4,4 por 100, mientras que en España es del 2 por 100, es decir, menos de la mitad.

Pues bien, la proporción con que se reparte este escaso presupuesto para gastos de defensa entre los tres ejércitos es: Ejército de Tierra el 54 por 100, Marina el 19 por 100 y Aire el 26 por 100. Estas cifras son lo suficientemente elocuentes para darnos cuenta de que el reparto del gasto total destinado a la defensa nacional no está de acuerdo con la situación político-estratégica actual, y que con ella no podremos obtener los beneficios políticos que pudiéramos conseguir aprovechando al máximo nuestra magnífica situación en la estrategia global y en la continental.

Para lograr el desarrollo de las fuerzas armadas con arreglo a nuestras propias necesidades defensivas y el máximo aprovechamiento de nuestra sólida posición geoestratégica, se precisa un órgano superior de mando, situado por encima de los tres ejércitos, que los coordine dentro de un concepto amplio, y que fije unas líneas de acción claras capaces de guiar y orientar el desarrollo de las fuerzas armadas.

En la actualidad, en líneas muy generales y sin afán de profundizar en este tema, existe como órgano superior de mando la Junta de Defensa Nacional, formada por los tres ministros de los distintos ejércitos con voz y

voto y los tres jefes de Estado Mayor respectivos con voz pero sin voto. Esta Junta tiene un defecto básico, el no contar con un organismo ejecutivo que pueda convertir en órdenes y exigir el cumplimiento de las decisiones de alto nivel que surjan de ella. Es preciso, pues, dotarla de un gabinete o secretaría para que las líneas de acción de la política militar emanada de ella puedan realizarse en la práctica.

El otro organismo es el Alto Estado Mayor que funciona en principio como órgano coordinador de los ejércitos. La función de coordinación es propia del mando, si no se manda no se puede coordinar, y el jefe del Alto Estado Mayor no manda en los ministros, y además, como éstos tienen proyección política y el jefe del Alto Estado Mayor no la tiene, no puede imponerse, lo que hace esta coordinación muy difícil. Este superior organismo militar precisa que su jefe tenga una mayor autoridad, y que esta sea directamente hecha a través de los tres jefes de Estado Mayor.

Después de estos comentarios, podemos comprender la necesidad de cambiar nuestro órgano superior de mando militar si queremos estar a la altura que exigen de nosotros los nuevos compromisos militares y obtener el máximo fruto de nuestra situación geoestratégica.

Después de la segunda guerra mundial casi todos los países del mundo eligieron la solución del ministerio de Defensa, poniendo generalmente a su frente un político, único representante en el Gobierno de las fuerzas armadas.

En esta organización, los jefes de Estado Mayor de cada ejército son sus jefes técnicos, profesionales, y ejercen el mando sobre cada uno de ellos siguiendo las directrices emanadas del ministerio de Defensa.

En España por diversas circunstancias, siendo quizá la más importante la del temor a crear un nuevo ministerio con la burocracia correspondiente y aumentar así los gastos del Estado, no ha sido aceptada esta solución, aunque según nuestra opinión es la ideal y a la que se debe tender, siendo quizá preferible ir hacia ella en etapas sucesivas.

Por lo pronto, precisamos el diferenciar con toda claridad las dos cadenas de mando, que confluyendo en el jefe del Estado, deben de presidir la conducción de la acción militar.

La primera cadena debe de tener un carácter exclusivamente político-administrativo debiendo ser su cabeza en cada ejército los ministros militares de tal forma que a través del Gobierno termine en el jefe del Estado. Su fin primordial lo podemos resumir diciendo que debe, en primer lugar, de dirigir

la política militar del país, fijando los objetivos nacionales en los que descansa su defensa, las fuerzas de cada uno de los tres ejércitos que precisen, así como las prioridades en el caso de que no sea posible cubrirlos todos. Consecuentemente será de su incumbencia el reparto del presupuesto de la defensa nacional con arreglo a estas necesidades. Por último, determinará la política a seguir en la investigación y las industrias militares.

El antiguo concepto de que el ministro es el jefe de su ejército, hay que desecharlo, el nuevo concepto es de que el ministro es su jefe político-administrativo, representando a éste en el Gobierno en su nivel político.

La segunda cadena de mando es la que debe de dirigir la acción militar en su carácter profesional, presidida en cada uno de los tres ejércitos por su respectivo jefe de Estado Mayor, subordinados y presididos por el jefe del Alto Estado Mayor que será responsable ante el jefe del Estado de la preparación y coordinación de las fuerzas armadas en el aspecto técnico, y en tiempo de guerra de la conducción de las operaciones militares de todo tipo.

Con relación a los ministros, los jefes de Estado Mayor han de tener por misión el convertir en realidades técnicas las líneas de acción fijadas por la cadena de mando político.

Con estas dos cadenas de mando, la política y la profesional, concurrentes ambas en el mando único del jefe del Estado, se podría fijar una política militar nacional, coordinar el desarrollo de las fuerzas armadas, y contar con un órgano de alto nivel para la conducción de operaciones en caso de guerra.

Quizá esta organización pudiera ser un escalón intermedio, para más adelante, si las circunstancias económicas y políticas lo aconsejasen, pasar de una forma definitiva al ministerio de Defensa, fórmula aceptada universalmente y a la que debe de tenderse de forma paulatina, sin necesidad de que nuestra organización militar sufra grandes vaivenes ni cambios bruscos.

ENRIQUE MANERA.